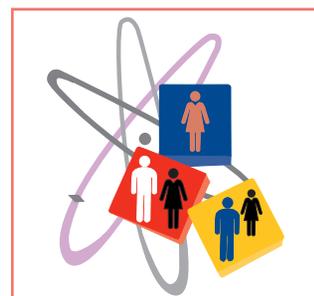


MOTIVACIÓN. MOTIVAR

Concha Moreno García



La palabra motivación —emparentada con el *motus* latino, que significaba ‘movido’— se refiere, en lenguaje cotidiano, al conjunto de factores que «mueven» a la persona a actuar, a desarrollar una actividad y mantienen el esfuerzo de forma sostenida. *La motivación es el trasfondo psíquico, impulsor, que sostiene la fuerza de la acción y señala su dirección.* (Dorsch, 1981).

En opinión de Maslow (1991) son las necesidades las que condicionan el comportamiento. Para que se activen las de nivel superior es imprescindible que estén satisfechas las de orden inferior. Esto queda patente en su conocida pirámide.



En nuestras actuaciones unas veces predominará lo que se llama «motivación intrínseca», es decir la actuación por el mero placer de hacer algo, sin esperar recompensas externas; otras, en cambio, los motivos son externos, es lo que se conoce como «motivación extrínseca», cuando lo que nos mueve es lo que se recibe a cambio del trabajo realizado. Incluso hay quienes hablan de «motivación trascendente», que será aquella que nos mueve a actuar más allá de una meta personal, que persigue el bienestar de otras personas. En el terreno de la enseñanza, podríamos ejemplificarlas así: *estudio porque así podré ganar mucho dinero o ser alguien muy importante*

socialmente (motivación extrínseca). *Estudio porque me gusta aprender cosas nuevas, porque me siento bien resolviendo las tareas que me proponen* (motivación intrínseca). *Estudio porque así, un día, podré ser útil a los demás* (motivación trascendente).

Centrándonos ya en el aula, nos damos cuenta de que, ante las mismas actividades, unos alumnos estarán absortos y encantados; otros estarán pendientes del reloj o fingiendo que cumplen con lo pedido. Si les preguntamos, es muy posible que los primeros digan que esa actividad les gusta aunque no sepan explicar por qué. Los segundos proporcionarán excusas para su actitud: «es muy difícil», «no entiendo», «no me gusta», «a mí esto no se me da bien...». En las respuestas obtenidas podemos encontrar factores que tienen que ver con la motivación para hacer o no hacer algo. Con ellas, podríamos clasificar a nuestro alumnado dentro de una tipología, como la propuesta por José B. Carrasco y de la que presentamos una adaptación:

- a. Personas automotivadas, brillantes, inspiradas en su trabajo en el aula.
- b. Personas esforzadas, concienzudas, capaces de desarrollar un trabajo continuado aunque sean menos brillantes. Tienen clara la conciencia de su deber como estudiantes.
- c. Personas dependientes, que necesitan apoyo constante. Se desaniman si se las abandona o se las deja trabajar solas. Responden bien a los incentivos (motivación externa).
- d. Personas inconstantes, incapaces de mantener su interés durante demasiado tiempo. Necesitan motivación fuerte y constante.
- e. Personas abúlicas, muy resistentes a cualquier tipo de motivación. Son realmente casos difíciles.

Tanto las del primer grupo como las del último son los casos estadísticamente menos frecuentes. Por lo tanto, la posibilidad de encontrar fórmulas para motivar a la mayoría es muy alta, lo cual debería llenarnos de optimismo docente. Ahora, lo que nos interesa es cómo conseguir estimular a esa gran mayoría. He aquí algunas sugerencias:

1. Saber que la personalidad del docente, su entusiasmo y su capacidad de transmitirlo son fuentes de motivación comprobadas. También es importante que el material didáctico utilizado sea creído por el profesor o profesora, ya que el alumnado percibe si se siente a gusto con él. En este sentido conviene recordar que el libro de texto NO es el currículo y que, por ello, puede ser complementado y enriquecido con otros materiales.
2. Despertar el interés e incentivar la curiosidad por el tema o por las actividades propuestas. Para ello podríamos recurrir a una presentación novedosa, incluso absurda, de lo que se va a estudiar o a hacer en clase; de ese modo se sorprenderá y se captará el interés. Otra posibilidad sería presentarlo como un reto que hay que superar. Y también introducir variantes a las formas de trabajo a las que el alumnado está acostumbrado.

3. Tener un lenguaje, un «discurso docente» que se adapte al nivel del grupo. A veces la dificultad para comprender los mensajes «invita» al alumnado a sumirse en el aislamiento ya que, de entrada, no comprender lo que se pretende que haga lleva a la sensación de incompetencia.
4. Orientar la enseñanza –y los mensajes– apuntando al desarrollo de la competencia y las habilidades de los alumnos y alumnas; evitando mensajes de crítica y aumentando los que valoran el esfuerzo. No hay que olvidar que no solo transmitimos valoraciones con las palabras, los gestos, las sonrisas o las malas caras son también evaluativos.
5. Mostrar la relevancia del contenido relacionándolo con la realidad presente y futura de alumnos y alumnas, sobre todo, si se trata de adolescentes para quienes el estudio –si no están motivados internamente– solo tiene valor instrumental. Es cierto que no siempre encontramos aplicación inmediata a los contenidos del currículo y es ahí donde la búsqueda del docente puede brillar.
6. Organizar el trabajo en grupos o equipos de trabajo cooperativo de tal forma que la evaluación individual dependa del trabajo de todos. Se trata de desplazar la actividad competitiva –más frecuente en las aulas– hacia la cooperativa, que ha demostrado (Pardo Merino y Alonso Tapia, 1990) dar mejores resultados.
7. Fomentar la autonomía en la realización de las actividades dando más de una opción para que esta se lleve a cabo. Siempre que el sujeto experimente que debe hacer algo «porque otro lo quiere», no actuará espontáneamente y su motivación intrínseca se verá afectada. Esta necesidad [de ejercer control] se ve satisfecha cuando el sujeto controla o cree poder controlar la dirección de su conducta (Alonso Tapia, 2002:29-30).
8. Mantener la atención antes, durante y después de la realización de las tareas. Para ello convendría dividir las tareas en pasos para evitar que se consideren inabarcables; también es fundamental que, una vez realizada, se presente(n) la(s) solución(es) correcta(s) y se valore el esfuerzo realizado. No debemos olvidar tampoco que, desde el principio, hay que premiar que los alumnos sean capaces de justificar por qué han hecho algo, aunque ese algo no corresponda a la solución correcta.
9. Adoptar una actitud que transmita que la inteligencia es algo modificable; a menudo se ha transmitido la idea de que quien es tonto o listo lo será para siempre. Hoy en día sabemos que no es así. Además, ayudará mostrar al alumnado que las razones por las que se desmotivan están relacionadas con un «pensamiento equivocado» ya que suelen centrarse en la dificultad de las tareas en lugar de buscar formas de realizarlas. Cuando actúan así, suelen obtenerse mejores resultados.
10. Organizar las evaluaciones de forma que se perciban como una ocasión para aprender y permitan la comparación del progreso que cada persona consigue al margen de lo que consigan los demás. Si a lo largo del curso hemos logrado fomentar el trabajo cooperativo, las evaluaciones deben intentar mantener esta fórmula. Descubrir las razones de por qué no se sabe algo de lo preguntado en las pruebas evaluativas deberían ser un objetivo docente.

1. Para empezar. Nadie da lo que no tiene: la alegría.

Rellenar individualmente.

EN CUANTO A MÍ

1. Entro en clase contenta/a porque _____
2. Me aburro en clase cuando _____
3. Salgo de clase contenta/a porque _____

EN CUANTO A MIS ALUMNOS/AS

1. Se aburren cuando _____
2. Están contentos/as cuando _____

Causas de mi motivación para enseñar	Causas de mi desmotivación en la enseñanza

- a. Buscar a otras personas que coincidan al menos en un punto de las respuestas.
- b. Comentar.
- c. Poner en común.

¿Qué situaciones puedo mejorar por mí mismo/a?

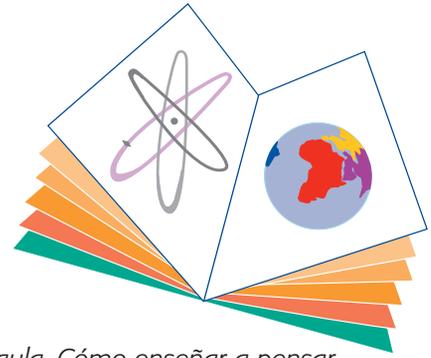
2. ¿Repetimos modelos? Solemos enseñar según nos han enseñado. Recuerden a sus buen@s y mal@s profesores.

L@s buen@s	L@s mal@s

2.1. Puesta en común y reflexión sobre la aplicación de estas dos actividades al aula.



Referencias bibliográficas



Alonso Tapia, J. (2002): *Motivación y aprendizaje en el aula. Cómo enseñar a pensar.* Aula XXI. Santillana. Madrid.

Carrasco, J. (1991): *Técnicas y recursos para el desarrollo de las clases* (1991). RIALP. Madrid.

Dorsch, F. (1981): *Diccionario de psicología.* Herder. Barcelona.

Maslow, A. (1991): *Motivación y personalidad.* Sagitario. Barcelona.

